
CREACIÓN LITERARIA

EL CULTO DE IXTAB

ERICK RAMOS BLANCO
Estudiante V semestre Programa de Historia
Universidad de Cartagena.
E-mail: eramosb@unicartagena.edu.co

La luz se derramaba sobre el suelo como un reflejo fantasma, pálido, acentuando las figuras de los árboles y ramajes que cubren las paredes frontales de las casas. A través de las calles principales del barrio transitaba un pequeño grupo de siluetas, sin prisa, examinando el camino que se presenta ante los ojos. Muy atrás se puede percibir todavía el ruido de la ciudad. Los clubes nocturnos, las fiestas en las calles, el canto de los vendedores y la música. Pero todo muy lejano, como proveniente de otra dimensión, de una clase de existencia ajena, extraña a estas calles estrechas con casitas de colores marchitos. Avanzaban por la superficie de concreto, doblando esquinas y callejones que, si los contemplas suspendido desde muy alto, parecen un laberinto que se expande mientras el escenario se hace más inanimado...

Ratas arrastrándose pegadas al borde del andén, viejas construcciones hechas ruinas. Gatos solitarios huyendo aterrados tras el ruido de pisadas que explotan como dinamita en la noche. Y en el cielo, la escena de un ejército de nubes frenéticas custodiando una diminuta luna. Se correteaban como en un caos espiral, haciendo parecer que el mismo firmamento se agitaba, y permitían ver de vez en vez puntitos titilantes en el purpúreo paisaje. Desde el suelo, algunos de los individuos lo admiraban con tranquilidad, esperando el momento en que este juego se detuviera, dejando al cielo despejado, vasto, sin más adornos que su abandonada belleza.

En este momento, los caminantes se acercaban a aquella parte del barrio que en otras épocas era una especie de arrabal; un rincón habitado por gente pobre, descendientes de jornaleros y de sirvientes que fueron invadiendo el terreno hasta conformar una gran comunidad, un sector aislado de la ciudad. Hoy no hay más que muros caídos invadidos por la maleza, alternando más o menos de a par en par la presencia de una fachada todavía en pie, cuyas puertas dejan ver una luz amarilla tras cada rendija. Ahora son habitadas por ermitaños famélicos que se asoman con miradas demoníacas entre los huecos de las ventanas. Lo que hace algunas décadas era un vecindario folclórico de gente musical, hoy está corrompido por la suciedad, por ruinas que revelan un interior lleno de monte espeso y hedor a cadáveres de perros. Es el escondite de prostitutas sombrías que te llaman desde la oscuridad, mostrándote sus pechos y sus piernas huesudas. Es el borde de la ciudad, la periferia, y a su respaldo el mar se transforma en un pantano donde animales y los mismos hombres transitan como frágiles muertos vivientes. Es el abismo de la civilización, mazmorra de vagabundos y enfermos consumidos el silencio.

Justo en el punto en que finalizan todas las calles, los caminos coinciden con el inicio de un manglar que se va haciendo más denso e inaccesible a medida que la Ciénega se hace más

profunda. Hacia allí se acercaban los caminantes, apareciendo desde los callejones, franqueando con dificultad el sendero ahora hecho de barro. Este es el recinto en el que un hombre muy viejo, dadas ciertas condiciones conocidas sólo por él, y vestido con un manto adornado de plumas, dirige un ritual. Cada uno de los asistentes ha venido por iniciativa propia, se dijo a sí mismo al verlos acercarse desde cada dirección. Reflexiona al percatarse de los rostros de distintas edades. Un hombre con un morral a cuestas, fumando una colilla de cigarrillo; dos mujeres: una de rasgos delicados, tomada de la mano por un tipo mucho más viejo, y una de edad avanzada; y más atrás un tipo delgado que andaba con ayuda de dos muletas, dando curiosos saltos.

Inmediatamente, el anciano hizo un gesto para que los participantes formaran un círculo. Dirigió su cabeza hacia un cielo cubierto de una placa de nubes naranja oscuro. Les indicó arrodillarse y que levantarán sus manos en actitud ceremoniosa. Todos arrojaron al frente las ofrendas según dictaban las leyes de los ancestros, pensó el sacerdote. Pero en el fondo le preocupaba que el culto no significara nada ya, que algo hiciera falta en sus acompañantes, en los instrumentos, o que sus propias palabras estuvieran pervertidas, vacías, y que todo este tiempo hubiera llevado a cabo ofrecimientos inútiles que en el futuro provocarían la ira de los dioses. A pesar que las condiciones eran favorables, y a pesar que reprodujera con exactitud las sentencias, no estaba seguro de la convicción de sus cómplices. Una gran responsabilidad; ser el portador último de un universo cuya existencia se reduce hoy a las formas más indescifrables del pensamiento. Y sobre él, solamente él, recaía el esfuerzo de proporcionar vida a aquello que se suponía muerto. No podía dejar deshacer las sagradas palabras como arena sobre los escombros del paisaje que lo rodea. Si algún dios benévolo lo había mantenido vivo, recordando a diario los horrores del fin de su mundo, tenía que recurrir a todos los medios para garantizar la continuidad del culto.

Cuando estas ideas lo agitaban con vehemencia, reanudó el trabajo sin más dilación. De un bolso sacó su ocarina, y con ambas manos

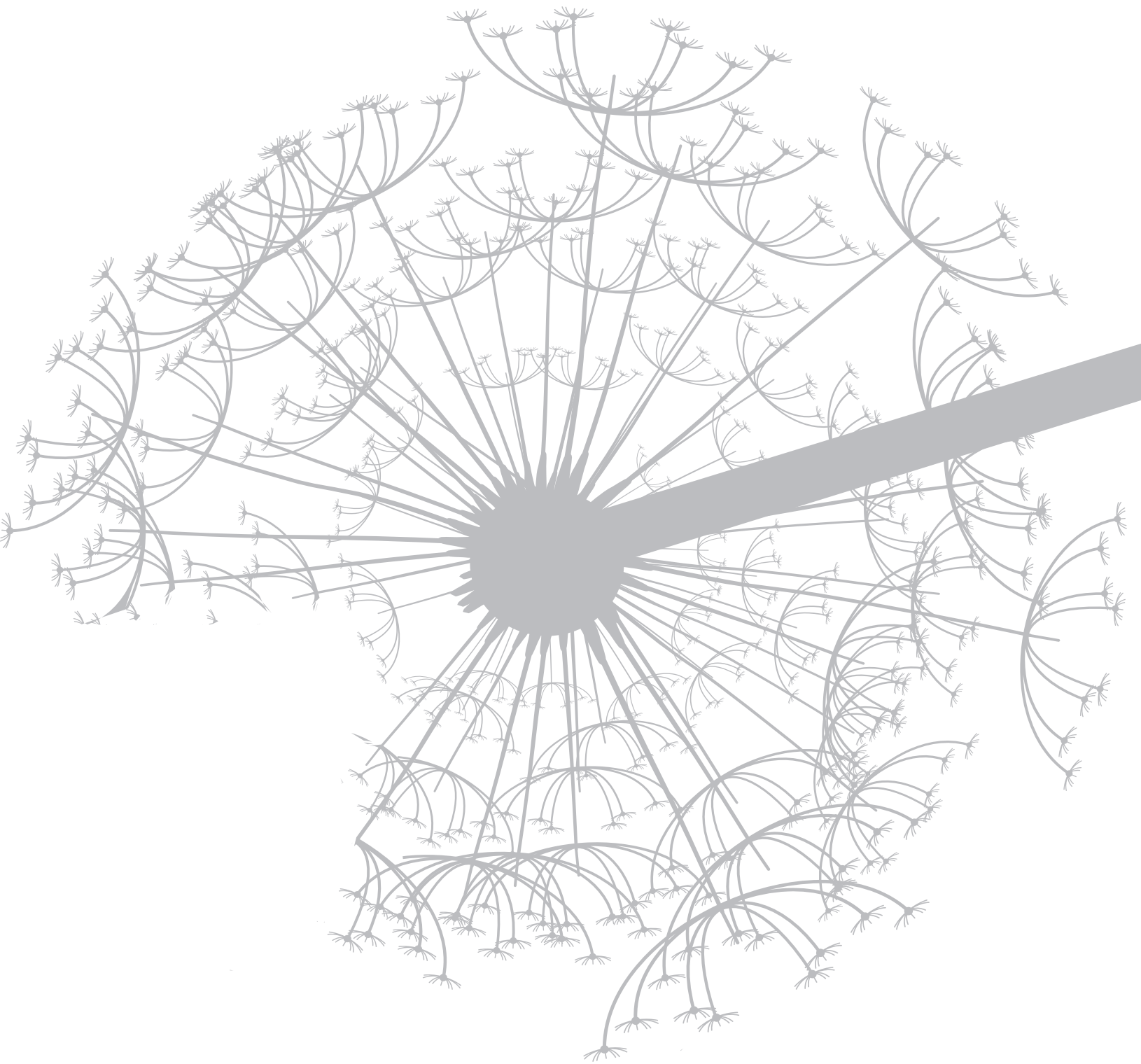
interpretó una melodía. Las hojas de los árboles se desprendieron, elevándose unas junto a otras, formando símbolos sobre el círculo de los arrodillados. La música continuaba, y de la combinación de cada uno de los orificios resultaban diferentes sonidos, desde percusiones hasta el canto de un coro de ancianos. Cuando se detuvo, las figuras permanecieron circulando atravesadas por el vuelo de luciérnagas que se esparcieron escurridizas por las ráfagas de fuego que el anciano escupía de su garganta. No cabía duda, había renacido una vez más el culto de Ixtab, que del fondo de las aguas aparecía, suspendida, como sentada sobre sus piernas, entre las que caía la soga que llevaba amarrada a su cuello. El viejo estaba satisfecho por fin. Desde la orilla inundada de fango esperaba la llegada de la mortífera diosa que se regocija con cada uno de los sacrificios, convirtiéndolos en el alimento que conserva el color gris de su piel.

Allí se encontraba, levitando sobre el agua con el semblante petrificado de serenidad. Sus vestiduras se conservaban como en tiempos inmemoriales; un traje hecho harapos y el lazo celestial que fijó su nacimiento y entrada al panteón de los dioses. Es la forma cómo los antiguos la habían recordado, cuando una civilización entera contemplaba su retorno. Ixtab se elevaba por sobre multitudes boquiabiertas y miradas confusas de devotos que asistían a su desfile. Más tarde, la ceremonia continuaba alrededor de las fogatas, y todos los participantes celebraban el honor de ser sobrecogidos por el eclipse de Ixtab y la luna.

Del otro lado ya el anciano había finalizado con su obertura. Sólo se escuchaba el croar de los sapos y el tedioso canto de los grillos. Todos se habían puesto de pie, sosteniendo una cuerda entre las manos. En un momento el sacerdote fijará el epílogo del culto de Ixtab, la diosa de los cadáveres de cuellos rotos que reposan desconsolados, colgados de las ramas de los árboles bajo el abrigo de la naturaleza, aguardando día a día por ser depurados. Ixtab se aproxima a ellos, uno a uno, aspirándoles la esencia con el fin de fortalecer sus ánimos. A diario recorre hectáreas selváticas

y los absorbe hasta que de ellos no queda más que huesos y residuos de carne grisácea. Esta noche la conclusión del encuentro se traslada a la miseria de una pequeña casucha, ubicada en la esquina más aislada de las demás, más allá de varios terrenos desocupados sin rastros de alguna construcción; una vieja casa cuyas vigas harán el papel de un milenario roble. Las palabras finales fueron murmuradas, y por último se pide

que los participantes ingresen. Cabizbajos, uno a uno atraviesa el umbral; un par de puertas abiertas que enseñan una oscuridad espesa en la que se consumen sus figuras. El anciano se inclina y hace una pequeña reverencia para admirar la terrible figura de Ixtab aproximándose reanimada, despierta ante las reverencias, desde lo más profundo del sepulcro del pasado.



POEMA

VICTORIA ONATRA

Historiadora

Universidad de Cartagena

Poeta y artista sonora en Colectivo Octavo Plástico

*“Despertarán los guardianes de su sueño.
Y sobrevolaré las naciones de los hombres.
¿Quién es mi madre? ¿Qué nombre tengo?”*

La corneta acústica, Leonora Carrington.

A un costado del sendero estaba *ella*
entonando una canción
en lengua prohibida.
Ella que quería criar a una loba
vio que en su vientre crecía un ángel.
Una burla a su voluntad
Un artillugio del creador.

El *nombre de lo eterno* danza sobre piedras sacras,
el sol que nace de lo alto protege cada piedra.
Con la luz del alba los ángeles descienden del
trono para sembrar árboles en el paraíso. Afuera,
las alas de satanael se queman en el fuego. Una
criatura de barro grita en el Jardín.

Ω

Invocar todos tus nombres
y saberte espectador
mientras en tu propio Jardín
el árbol de incienso se consume en el fuego
y los ángeles angustiados corren bajo el sol.

Hambre

La mujer que se soñó loba en la vispera
ahora se desliza por el bosque
aleja su canto de viejas ceremonias
revela su signo más oculto
y cierra los ojos de la criatura alada
que ha visto la luz.

*“Cuando las mujeres reafirman su relación con la
naturaleza salvaje, adquieren una observadora
interna permanente, una conocedora, una visionaria,
un oráculo, una inspiradora, un ser intuitivo, una
hacedora, una creadora, una inventora y una oyente
que sugiere y suscita una vida vibrante en los mundos
interior y exterior”.*

Mujeres que corren con los lobos,
Clarissa Pinkola Estés.

El viento me susurra antiguos cantares:
Saca del corazón del árbol
las voces de las mujeres que
consagraron esta tierra.

La Huesera

La muerte llegó en la noche y dejó su rastro sobre
el sendero. Con cautela recojo los huesos de las
criaturas del desierto, las guardo para los días
de invierno como sortilegios que se desatan en la

lluvia. En la quietud del sueño inicio el conjuro, canto para devolver la carne a los huesos, celebrar el retorno de su aullido, mi regreso a la manada.

Mutusliber

Esperarás que llegue el mes de mayo y su rocío, el sol y la luna bendecirán las plantas. Al atardecer del último día del mes prepararás tu cuerpo y tu voluntad, en el sahumero el *Espíritu del Universo* entrará por cada poro de tu piel, la noche caerá y cerrarás la puerta. Al amanecer regresarás al bosque, quemarás incienso, alimentarás a las aves.

Visiones en la tierra roja

El cuerpo, aunque acostado, danzaba en la tierra roja
El horizonte era azul al amanecer
y el pájaro en el arbusto reposaba en silencio

Heredera de una lluvia de estrellas
Heredera de la violencia del viento
y del agua que tiembla

Aquí yazco despierta
en el borde del umbral
con un puñado de tierra roja
entre mis manos
susurrando el acertijo que
atraviesa las paredes de la casa.

[En sueños]

he visto mi rostro más arcaico
Poco a poco he encontrado los elementos
para llegar al templo

La Voz dijo: *árbol, altar y piedra*

La búsqueda se regenera
Vuelvo a ver múltiples lunas en un mismo cielo,
la hermandad sana la tierra para que el agua
fluya en un viejo patio,
una mujer se masturba en la calle y
sana su sexo; animal lunar

-germinación y regeneración-

Durante la estación de la lluvia
la orgía enciende el ritual

Ahora,
el lugar de la serpiente está al lado de la cosecha

¿La piedra *es* el camino?

Tras el templo se alarga el sendero
Ahí están las huellas del animal que me habla
-ella, la del primer rostro que se balancea-

La carta XI yace a mis pies en el suelo labrado
Adentro, el hermafrodita con un sutil movimiento
me estremece.

Fermentación

Danzo entre las hojas
al ritmo del viento
Corro y me arrojo
sobre las raíces
-han esperado por mí-
Yo beso la tierra
ella me bendice con su olor
Salto
Me contorsiono entre las ramas
Ondulo
Transmuto
Trino
Extiendo mis alas
Llego a las copas de los árboles
escucho el augurio del viento
En el vientre hay paja, semilla, vino nuevo
para la víspera
La aurora me embriaga con su luz
Ya no temo a la caída
ni a la destrucción del nido
Es hora de peregrinar.

